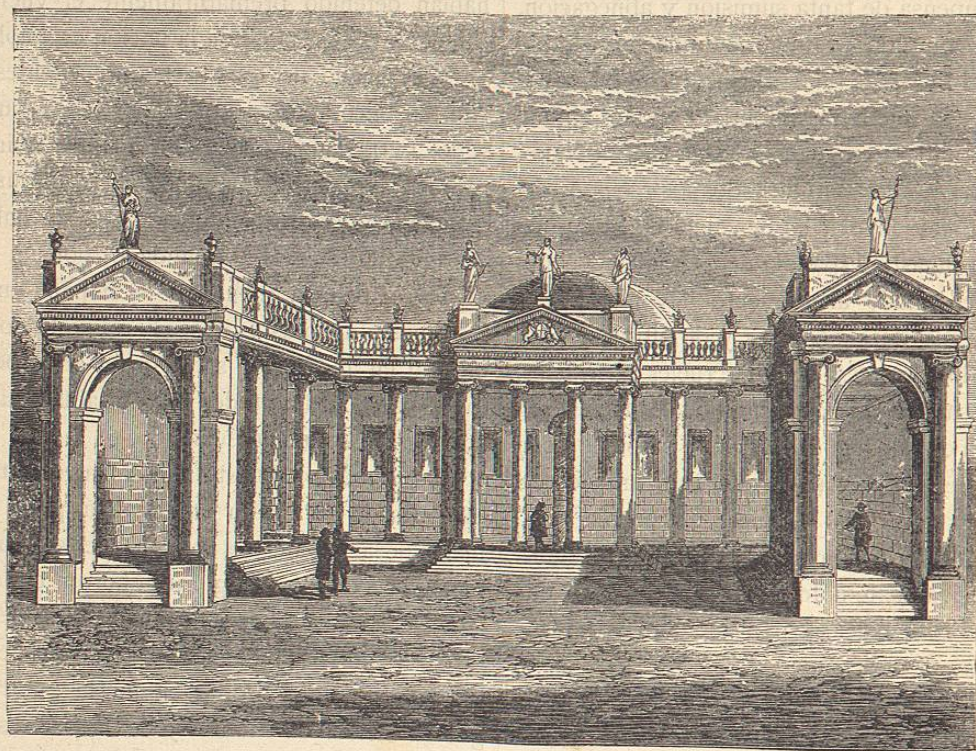


en busca de un héroe, se había apasionado por el joven príncipe de Asturias, el heredero primitivo de la corona, era porque en él veía al enemigo natural de esta misma influencia.

¿Eran, pues, estos los títulos á que apelaba Napoleón para llenar en España el papel de regenerador? Y, suponiendo que el éxito hubiese debido coronar su empresa, ¿qué beneficios podía esperar? ¿Qué tenía de envidiable el régimen que había dado

á Francia? ¿Cómo justificar esta extraña metamorfosis del cesarismo, su redentor de los pueblos?

Cierto, España estaba muy atrasada en punto de luces y mejoras materiales, pero aún cuando sometida al régimen del buen querer, estaba lejos de sufrir un despotismo tan degradante como el que pesaba sobre Francia. De ordinario no se juzga su situación en ese momento decisivo más que por las crónicas escandalosas de la corte y por las falsas es-



Antiguo palacio del Parlamento irlandés, Dublín

taísticas que Napoleón hacía redactar como documentos justificativos de su ocupación; pero, aún admitiéndolas como verdaderas, la vida entera del país no estaba en ellas.

Poseía todavía libertades provinciales y municipales muy extensas á cuyo abrigo podía crearse y desarrollarse un gran número de existencias independientes y prósperas. Algunas de esas provincias, tales como Navarra y las provincias vascas, eran verdaderas repúblicas, votaban sus impuestos, y se gobernaban por sí mismas. La autoridad del rey era poco limitada, pero era dulce y tolerante; no se inclinaba delante de la ley, pero respetaba las tradiciones; y sus yerros eran sobre todo obra de la debilidad y de la incuria.

La corte era frívola y corrompida como una corte del antiguo régimen, pero después de los escán-

dolos sobrado famosos de la corte imperial, las mismas relaciones de la reina con Godoy, que tanto han indignado á los virtuosos apologistas del imperio, pueden pasar como un modelo de costumbres patriarcales. Pero cualquiera que fuera la corrupción de los cortesanos, la nación era sana y honesta. España estaba reputada en Europa por su valor, su sobriedad, su fidelidad á su palabra, su susceptibilidad en materia de honor; tenía creencias atrasadas, pero, en fin, tenía creencias. Con un fondo de cualidades tan raras, ese pueblo tenía que prestar á los franceses, tales como Napoleón les había hecho mejor que de tomar ellos á los franceses. El único presente bien auténtico que esos singulares misioneros de la civilización pudieran llevarle, era el azote de la dominación extranjera.

Dejemos, pues, á un lado esos vergonzosos sofis-

mas que durante demasiado tiempo han servido de excusa á atentados de los cuales no se evitará eficazmente la vuelta más que presentándolos en su fea realidad.

Otro tanto es necesario decir de las fábulas imaginadas por Napoleón y repetidas después por apologistas complacientes, para echar en comparsas secundarios de ese triste drama la responsabilidad ora de la iniciativa, ora de los desenvolvimientos ul-

teriores de los negocios de España. Aquí como la catástrofe de Vicennes, como en todas las acciones de envidia sobre las cuales temió ver brillar la luz vengadora de la historia, ese prodigioso falsario, el feliz creador de su propia leyenda, se esforzó en amontonar los equívocos y las contradicciones, llegó en esto, como lo demostraremos, hasta fabricar falsos documentos para sustraerse á las severidades del porvenir, y el éxito de esas falsificaciones históricas,



Bombardeo de Copenhague

es todavía tal vez más sorprendente que el de sus estrategos político-militares; esto, sin duda, para probar que no había presumido demasiado de la credulidad humana.

Napoleón escribió muy poco, y no sin razón, sobre los negocios de España, pero en revancha habló mucho de ellos. Apenas si se encuentra, en la voluminosa colección de sus recuerdos, una nota de algunas páginas relativa á la estada de los soberanos destronados en Francia. En esta nota que figura entre sus *observaciones sobre el manuscrito de S. Elena*, se esfuerza en probar que todo su interés estaba en hacer asesinar á Fernando VII y á su hermano Carlos, cuya muerte dice, lo hubiese todo terminado; afirma que el consejo de desembarazarse de esos dos príncipes se lo dió Talleyrand, y se hace un mérito de haber rechazado tal consejo. Nada dice

sobre el origen de la guerra, pero en sus conversaciones que él sabe que son preciosamente recogidas por confidentes atentos y que en efecto se han convertido en fuentes en las que los historiadores han tomado á menudo las noticias, es mucho más explícito.

Allí, imputa de una manera terminante á Talleyrand el primer pensamiento de la invasión de España, de la misma manera que le imputa el asesinato del duque de Enghien. Esto lo dice á O'Meáray y lo repite á Las Casas: «Fué Talleyrand, se lee en el *Memorial* de Las Casas, quien empujó á la guerra de España, bien que en público tuvo la habilidad de presentarse contrario á ella.» [Esta frase es en particular característica! ¿Cómo? ¿Talleyrand tuvo la habilidad de empujar á Napoleón á ese acto funesto hasta el punto de determinarle, y al mismo



tiempo pudo hacer creer lo contrario al público que le era opuesto, y esto bajo los ojos de la policía imperial? ¿Esto ya no es habilidad sino brujería? Las Casas añade: «Así no fué sin malicia si Napoleón excogió á Valençay para residencia de Fernando.» Este rasgo ciertamente no es inventado. La elección de la residencia de Valençay, propiedad de Talleyrand, para servir de prisión al príncipe destronado, se ha invocado á menudo como una prueba de la cooperación activa de ese diplomático en los planes de Napoleón; aquí se ve lo que hay que pensar de ellos. Era una de esas salidas mefistofélicas por las que tenía Napoleón predilección, una inspiración del género de aquella que había determinado el envío de Savary y de Caulaincourt cerca de Alejandro, de modo que si esa elección de Valençay prueba algo, es precisamente en favor de Talleyrand y no contra él, prueba que le guardaba rencor por su oposición y que le castigaba comprometiéndole.

Tardíos amigos de la memoria de Napoleón, menos inconsiderados que sus predecesores, querían hoy que la historia no tuviera en cuenta los diversos diarios redactados en Santa Elena, sobre conversaciones diarias. Que esas colecciones estén llenas de mentiras, nadie lo ha probado mejor que nosotros, pero esas invenciones son obra de Napoleón y no de sus confidentes que las han escrito al dictado; emanan irrecusablemente de él, contienen una parte notable de la verdad, pues las mentiras hábiles no se forman sino con verdades desfiguradas, y nos revelan uno de los rasgos más expresivos de su carácter; deben ser tanto más discutidas cuanto que son la fuente primera de las ficciones que otros han venido después á comentar, adornar y embellecer. ¿A donde iría á parar por otra parte la justicia histórica, si se debía considerar como una simple fantasía los falsos testimonios que un hombre ha dejado de sí mismo y de otros? La sorprendente concordancia de los diarios de Las Casas y de O'Meara, es para todo hombre de buena fe una prueba incontestable de la fidelidad de sus redactores, pero la confirmación tan precisa recibida últimamente con la publicación del de Sir Neil Campbells, no deja lugar á dudas; es el mismo Napoleón quien habla en sus relaciones. La transcripción es exacta en cuanto al fondo, sino en cuanto la forma.

El diario del coronel Campbells, el comisario inglés en la Isla de Elba, contiene exactamente los mismos testimonios, algunas veces formuladas en los mismos términos. En él también Napoleón echa en cara á Talleyrand la iniciativa en la guerra de

España y en el asesinato del duque de Enghien. «Talleyrand, dice, estaba en desgracia á consecuencia de las representaciones de los reyes de Baviera y de Wurtemberg á quienes había arrancado fuertes cantidades; pero continuaba frecuentando las veladas del emperador, y fué para reconquistar sus favores, que le alentó á que aprovechase las disenciones que se manifestaban en España.» Y añade, que Talleyrand le acosaba á menudo diciéndole: «que era necesario desembarazarse de los borbones asesinandoles.»

Esta confesión, por lo menos muy sospechosa á primera vista, para no decir otra cosa, es en definitiva junto con una aserción contenida en las memorias inéditas de Cambaceres, personaje semi-grotesco que no podía perdonar á Talleyrand su superioridad y sus bromas, la sola autoridad sobre la que se apoyan aún los que quieren imputar á ese hombre de Estado la responsabilidad de lo hecho con España. En los documentos contemporáneos no se encuentra rastro alguno de su influencia activa sobre esos sucesos. Asiste á ellos como testigo, como confidente, como agente oficioso, pero no desempeña en ellos más que un papel secundario y pasivo.

Talleyrand, en efecto, había caído en esta época en un semi-disfavor, pero no en modo alguno por las representaciones de las potencias extranjeras, sino porque estaba disgustado de un papel en que se aprovechaba su habilidad, pero jamás sus consejos, por cuyo motivo había insistido para cambiar su título de ministro de negocios extranjeros por el de *vice gran elector*.

Hábale reemplazado en el ministerio Champagny, instrumento mucho más dócil. Fué por medio de Champagny, su ministro de Estado; y de Duroc, su hombre de confianza, como puso Napoleón en obra todas las transacciones preliminares que acabaron con la invasión de España.

Talleyrand, por su cargo de gran chambelán, acompañaba á la corte y á Napoleón á Fontainebleau, y se ve por los despachos de Izquierdo, que está iniciado hasta cierto punto en los proyectos del emperador, que, el envío de España se esfuerza, sobre todo, en utilizar su supuesto crédito, pero que no se mezcla sino incidentalmente y por simples conversaciones á esas medidas preparatorias. Hay más, no conoce de ellas su verdadero fin; cree que no se trata más que de adquirir las provincias del Ebro, y no trata jamás de otra cosa con Izquierdo. Todas las proposiciones decisivas son hechas por Duroc, actor sin voluntad, como Champagny, durante todo este período y hasta el desenlace de las famosas escenas

de Bayona, hay completa interrupción de correspondencia entre Napoleón y Talleyrand; la primera carta que éste escribe al emperador después de su salida del ministerio, es del 25 de Abril de 1808, cuando todo está ya terminado.

Esto no son más que presunciones; pero cuando luego se reflexiona sobre el carácter y naturaleza del espíritu de esos dos personajes, y se piensa en sus antecedentes históricos, en su temperamento particular, uno se pregunta como una acusación tan inverosímil se ha podido acoger sin otra prueba que la afirmación de un hombre tantas veces sorprendido en flagrante delito de impostura. Uno se pregunta como se ha podido acreditar esta leyenda de Talleyrand unido á Napoleón como su diablo tentador para llevarlo al abismo. No tratamos de rehabilitar á esa alma versátil y venal, sino dar á cada uno lo que le pertenece, pues este es el primer deber de la justicia histórica.

Para todo aquel que está acostumbrado con las salidas de Napoleón, con su manera de obrar y de pensar, con su humor, su temperamento, con los actos todos de su vida, esta aserción que en una circunstancia tan importante, en una empresa tan vasta, tan peligrosa y tan friamente calculada, pudiese haber sido arrastrado sin saberlo por sus malos consejos, es uno de los sueños más extraordinarios que se pueden tener. ¡Es él, el hombre disimulado por excelencia, él que jamás tomaba consejo de nadie sino de sí mismo, que no desenmascaraba sus proyectos sino cuando estaban consumados, es él ese perfecto conocedor y ese maestro en traiciones, es él el hombre que puso en escena tantas perfidias y un arte tan acabado, quien se nos presenta á nosotros como un hombre engañado, pervertido por la inmoralidad de sus consejeros, como un pobre joven pervertido por malas compañías! Es él quien invoca esta excusa que no se concede mas que á los niños y á las mujeres, y se le concede sin examen y sin otra garantía que su palabra. Y es á él á su inocente alma á la que se apresuran á amnistiar, como si fuera posible la ilusión, como si esta odiosa maquinación no llenara hasta en sus más pequeños detalles el sello de su mano, el sello de su artificioso genio; como si de cada peripecia de esta combinación tan sabiamente calculada, y de la sombra misma de sus negras emboscadas no se elevase un grito, ese grito supremo de la evidencia: *tu es ille vir*, eres tú quien lo has hecho.

Tanto menos sufría Napoleón en esta circunstancia la influencia de Talleyrand, cuanto no había tomado en cuenta alguna sus consejos en multitud de

ocasiones en que era del más grande interés seguirlos. Esto se vió en particular en la época de Austerlitz cuando el favor de que Talleyrand disfrutaba cerca de él iba hasta la intimidad, deshacer con una obstinación imperturbable y hasta un tanto irónica todos los refuerzos verdaderamente meritorios que había hecho para llevarle á una política más prudente y más moderada. ¡Las opiniones de Talleyrand que tenían de su parte la razón, la fuerza de las cosas, la adhesión de todos los hombres sensatos, no habían modificado en ningún punto los planes de una política extravagante y se quiere que ahora cuando se trata de una empresa peligrosa y contraria al modo de ver de ese espíritu templado, previsor y enemigo de los partidos extremos, se haya convertido en la causa determinante!

Talleyrand era un hombre poco escrupuloso, era ante todo un cortesano y un hombre complaciente. Pero lo que nunca se le ha disputado, es el tacto y la prudencia de su espíritu. Hacía ya mucho tiempo que estaba asustado de la loca marcha, y de las gigantescas aspiraciones de la política de Napoleón, á su exquisito buen sentido le repugnaba esto cuanto tanto le alarmaba. ¿Qué interés podía tener en empujarle contra su convicción á tan grandes aventuras? ¿Su interés no estaba por el contrario en alejarle de ellas, aún cuando no fuese más que por conservar su privilegiada situación? No era él hombre, sin embargo, para comprometerse por una desaprobación inútil, y es muy probable que iniciado un poco tarde en proyectos ya en vías de ejecución y sobre los cuales no se le había consultado se dió el mérito de aprobar lo que no podía impedir; pero un tal asentimiento no tiene nada de común con la influencia que se le atribuye. El papel que se le presta era contrario á la vez á su interés, á su carácter y á sus opiniones conocidas en favor de la moderación, son los que acusan los que deben suministrar pruebas más concluyentes que alegaciones desnudas de toda verosimilitud.

Háyase dicho lo que se haya querido, siempre según el mismo Napoleón, para oscurecer esta cuestión de responsabilidad tan importante en historia, cuanto más de cerca se examine, más se reconocerá que el asunto de España como en el del duque de Enghien no tomó consejo mas que de sus pasiones desenfundadas; la iniciativa es suya, el pensamiento es suyo, la misma ejecución es suya, pues, sus agentes no hacen nada sin su orden.

Desde el momento en que toca á Etruria, propiedad de España, se ve como toma cuerpo en su espíritu esta idea funesta que germina en él desde